

Lirios en los eriales

por AMELIA AGOSTINI DE DEL RIO

Soñaba yo con alcanzar la luna,
con prenderme en las trenzas una estrella,
con correr tras las nubes
y pastorear luceros como ovejas.
Tras un vellón nácar creía hallar
la efigie verdadera
de mi padre, ido en un día de mayo,
cuando del sol las flechas
acribillaban la mañana
y el agua de la alberca.

Soñé también con una torre airosa
y dominadora, en que la princesa
cautiva fuera yo,
en inconsciente espera
del príncipe, que como a la durmiente,
me despertara una tarde serena,
del sueño de años
que me tenía presa.

¡Cuántos embelecos sueña la mente
en una exuberante adolescencia!

Se calmaron las mariposas
de multicolor y gaya seda.
Se vaciaron los nidos.
Se agostaron las eras.

Se llevaron los aires
las historias de amor,
el deambular tras nubes espesas
en la inútil búsqueda de la efigie
oculta tras la niebla.

Y desperté a la vida
de insólita manera
porque furiosos vientos empujaron
los gritos de dolor a las almenas.
Y el corazón se estremeció
por la humana miseria
y en el tuétano penetró cortante
el frío de la crueldad terrena,
más intenso que el frío
que hiela a los hombres en la estepa.

Como navajas partieron el aire
gritos de parturientas;
el canto melancólico
del preso que con la libertad sueña;
sollozos desolados
de niños ante la madre yerta;
la maldición que tumba
al hombre perdido en la ingrata selva;
el lamento angustioso
del que ama y se ausenta;
la voz doliente y honda
del que teme atravesar la frontera
última porque el terror a la nada
impávida le acecha.

Y ascendieron las lenguas que mordían
la noche, pregonando sus dolencias;
la justa rebelión de multitudes
que con su soberbia el hambre silencian;
y los rugidos del airado viento,
el portador del caos a la tierra.

Repercutió por las sendas del mundo
el galope de los cuatro caballos
montados por lunáticos jinetes.
Crujían los sembrados
al troncharse abrumadas las espigas.
Y se cortaron, trémulos, el canto,
el balido, el croar y el mugido
que acunaban al campo.
Las imprecaciones de las criaturas
amortiguaban el clamor y el llanto.

Comprendí que el apartarse «del ruido
mundanal» no era misión del sabio.
Porque, fray Luis amado, la vida urge
y exige que vivamos
el torbellino en que se agita el prójimo
y que su infortunio compadezcamos.
Compadecer es padecer
con otro. Lo escribió el que tanto
hurgó —el bisturí con amor mojado—
en el ser humano, en el ser cristiano.

Olvidé entonces los ensueños, las nubes,
mi egoísmo y la grata soledad.
Me nacieron alas como al dios mítico
y descendí cual la flecha que va
certera y rápida a su meta.
Yo sentí el palpitar
del corazón del universo
en mis entrañas, y la caridad
para el prójimo. Mas la fe perdida,
ésa... ¡aún la busco en mi orfandad!

¡Qué angustioso es ver desprenderse
la esperanza en la vida perdurable,
ver que en el ocaso nos amenaza
la corrupción de nuestra carne,
y ver entre las cenizas... la nada,
sólo la nada!

¡Señor de los hondos abismos
y de alturas inalcanzables,
haz Tú por que me renazca la fe!

Será fácil, que si Tú los plantases
(¡tan buena mano tienes!) crecerían
lirios en los eriales
y violetas en la estepa nevada.
Con sólo tu mirada, bien lo sabes,
las tinieblas en luz se tornarían.

Devuélveme la ingenua fe que traje
al mundo luminoso de Tu tierra.
Viérteme, como aromas orientales,
el consuelo de la fe en las entrañas
ansiosas de soñar eternidades,
Alivia mi angustia y deja que goce,
sin miedo,
la belleza del mundo que creaste.

San Juan, Puerto Rico